

“En este pequeño trabajo, dice el doctor Ruiz Sandoval, se encuentran reunidas bajo forma de consejos numerosas reglas, que, bien observadas, harían un médico-modelo de cada uno de los jóvenes á quienes eran dirigidas. En esos consejos se veían resaltar las virtudes que adornaban al Sr. Hidalgo Carpio: aconsejaba la *modestia*, porque él no gustaba jamás de hacer vana ostentación de sus conocimientos; aconsejaba la caridad, porque él, después de una profesión activa, ejercida por treinta y seis años, murió en la pobreza; aconsejaba la *armonía* con sus compañeros de profesión, porque él procuró siempre hacerse apreciar de sus compañeros; recomendaba que el médico tuviese *una religión* á que normar sus actos, porque él no comprendía que un hombre sin religión pudiese ser honrado en toda la plenitud de la palabra. Él tenía una ciega é inquebrantable fe en la verdad del catolicismo, y deseaba inculcarla en sus discípulos, porque—decía—jamás me he arrepentido, ni en mis momentos de felicidad, ni en mis días de tribulación, de haber sido educado en la fe de mis mayores.”

El doctor Hidalgo Carpio falleció en esta ciudad el día 12 de Mayo de 1879.

## IBARRA, José.

Hemos recordado ya á Cabrera y á otros pintores que han legado á la posteridad un nombre glorioso, y vamos á pagar hoy igual tributo á uno de los artistas mexicanos más fecundos y, consiguientemente, más conocidos.

José Ibarra nació en la ciudad de México en 1688. Fué discípulo de Correa y contemporáneo de Cabrera, y siguió con ardor la novedad introducida por Rodríguez Juárez, exagerándola acaso, en algunos puntos, como en la predilección de los colores rojo y azul que prodigaba en sus obras.

La vida de Ibarra fué larga y laboriosa. Entre los muchos cuadros debidos á su pincel, citan los inteligentes *La Circuncisión*, varios lienzos que existían en San Ildefonso, y un *Calvario* que el Sr. Couto vió en Texcoco y que quiso comprar, sin conseguirlo, para la Academia de San Carlos, hoy Escuela nacional de Bellas Artes.

En una revista histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII publicada por un extranjero, se juzga á Ibarra no sólo como pintor de mérito, sino que se dice que fué quizá el mejor pintor de su siglo, después de Cabrera.

El erudito Couto en sus “Diálogos sobre la historia de la pintura en México,” dice lo siguiente:

“Lo más importante que de Ibarra conozco en México, son los dos lienzos que cubren las testeras del aula mayor ó general del colegio de San Ildefonso, y fueron pintados en 1740. El uno, que es el que da á la derecha como entramos, ofrece una especie de alegoría, no muy feliz á la verdad, en que se registran el Padre Eterno en la parte superior, San José con el niño en medio, y abajo los dos santos mártires, San Josaphat arzobispo y

San Juan Nepomuceno, ya muertos. El de la izquierda, que, en mi juicio, le saca mucha ventaja, es de perspectiva: representa la parte central de un templo; bajo la cúpula se levanta un templete, dentro del cual San Luis Gonzaga adora, arrodillado, á la Virgen que aparece con el niño entre nubes; en los remates superiores están á los lados San Ildefonso y Santa Catarina; por último, en dos columnas de delante se ven la estatua de Santo Tomás de Aquino y un santo, obispo, que acaso será San Agustín. Las figuras son buenas, la perspectiva está formada con arte, y la obra toda, en su conjunto, aunque pertenece á un género que los peritos reputan algo extravagante (no obstante haberlo usado maestros como el padre Pozzo), hace efecto. Otro cuadro suyo encontramos en Texcoco, el Sr. Clavé y yo, que nos llamó la atención, y que su dueño, que era pobre, no quiso venderlo para la Academia, á pesar de las propuestas que le hicimos. Es un Calvario que exhala un perfume de devoción que se comunica al espectador; y tiene la particularidad de haber sido probablemente la última obra grande que ejecutó Ibarra, pues lleva fecha de 1756, y consta que murió el 22 de Noviembre de ese año."

"Su amigo y colega D. Miguel Cabrera, dice más adelante el Sr. Couto, aseguraba en el mismo año de su muerte, que había llegado á una edad respetable y que había conocido no sólo á los célebres pintores de su siglo, sino á muchos de los que florecieron en el anterior, lo cual no sé si puede decirse con propiedad de un muchacho de doce años, que eran los que debía tener al concluirse el siglo XVII si efectivamente había nacido en 1688. Pero sea de ello lo que fuese, lo que no tiene disputa es que en una vida más ó menos prolongada, adquirió maestría en el arte y ganó merecida reputación que conserva hasta nuestros días. Decían que era el Murillo de México y que aun en la figura se asemejaba al sevillano. A vuelta de algunos años no se creía que sus obras hubieran sido hechas aquí, y se atribuían á artistas extranjeros. Había, por ejemplo, quien porfiaba haber visto desencajonar, traída de Roma, la imagen de Nuestra Señora de la Fuente que está en el convento de Regina, cuando el

presbítero D. Cayetano Cabrera recordaba con zumba la prisa que había visto darse á Ibarra para concluir la y entregarla el día que la tenía ofrecida; y que aun había trabajado aquella noche con luz artificial para pintar en el cuadro las candelas que alumbraban á la imagen, y era lo que faltaba."

No debemos pasar adelante sin hacer una explicación respecto á la fecha que asignamos al nacimiento del célebre pintor mexicano. Generalmente se ha escrito que Ibarra nació en 1688, que es lo que sin razón pone en duda el Sr. Couto, pues nosotros hemos leído en un *Diario de sucesos notables*, escrito por un coetáneo del pintor, "que falleció el 22 de Noviembre de 1756 á la edad de 68 años, siendo sepultado en la iglesia de religiosas de Santa Inés, con asistencia de un numeroso concurso." Castro Santa Ana, que es el autor del *Diario* que acabamos de citar, dice que Ibarra "tuvo aceptación por su destreza en el arte, con especialidad en los retratos." De esta última circunstancia no hacen mención ni el Sr. Couto ni ningún otro de los que han escrito acerca de Ibarra.

El artista mexicano debió poseer conocimientos literarios, pues se sabe que cultivaba la poesía. Sus versos son conceptuosos y contienen agudezas, que eran, como dice muy bien uno de sus biógrafos, resabios del siglo anterior que todavía privaban en el suyo.

Entre las buenas cualidades que Clavé reconocía en las obras de Ibarra, una era, que las acababa bien, y otra, que no era del número de los que buscan el efecto en unos cuantos toques dados con bizarría. Pericia y gusto notaba el mismo Clavé en los cuadros que de Ibarra llegó á ver.

Muchas otras autoridades citaríamos si fuera necesario demostrar lo merecida que es la gran reputación de nuestro célebre compatriota; pero nadie, por fortuna, discute siquiera este punto, y creemos que con lo expuesto llenamos el fin que nos hemos propuesto, que es honrar una vez más su memoria.

### IGLESIAS, Angel.

Nació en la ciudad de México el día 2 de Octubre de 1829. Sus padres fueron D. Francisco S. Iglesias y D<sup>a</sup> Juana Dominguez Ortiz, siendo nieto por parte de madre, del corregidor de Querétaro, D. Miguel Dominguez, y de la célebre corregidora D<sup>a</sup> Josefa Ortiz de Dominguez, heroína de la independencia mexicana.

Hizo D. Angel Iglesias sus primeros estudios en el antiguo colegio de San Gregorio, en tiempo del rector Juan Rodriguez Puebla, pasando despues á la Escuela de Medicina, en la que siguió todos sus cursos, y haciendo otros, como el francés y el inglés y la historia natural en el colegio de Minería, en donde lo mismo que en la Escuela de Medicina, se distinguió sacando los primeros premios. Habiendo sufrido su exámen profesional, se le expidió el título de médico y cirujano el 15 de Noviembre de 1853.

Sirvió varias cátedras en el Colegio de Medicina, como fueron la de Física y la de Medicina operatoria, sustituyendo en esta última al reputado profesor D. José M. Vértiz.

Durante la guerra contra los norteamericanos, en el año de 1847, Iglesias se alistó en el batallon de voluntarios llamado de "Hidalgo," pero fué sacado de allí, para comisionarle, en union de otros médicos y practicantes, el encargo, bajo la direccion del Dr. D. Pedro Vander Linden, del hospital militar que se estableció en el antiguo edificio de San Sebastian, en donde se asistió gratuitamente á multitud de los heridos hechos en las batallas del Valle de México.

Pasada la guerra entre México y los Estados Unidos, Iglesias marchó á Europa á perfeccionarse en sus estudios médicos. Establecido por algun tiempo en Paris, hizo nuevos cursos sobre enfermedades de los ojos, sobre las especiales de los niños, sobre la vacuna y los males de garganta, de todos cuyos estudios

escribia constantemente folletos y memorias, que remitia á la Escuela de Medicina de México, y se publicaban en el periódico de la misma Escuela.

En el año de 1856 dió á conocer en México, á su regreso de Europa, el oftalmoscopio, instrumento precioso que comenzaba á generalizarse en Francia, por los brillantes resultados que daba en la investigacion de las enfermedades de los ojos: con este motivo Iglesias publicó varios y luminosos artículos en el periódico *La Union Médica*. Igualmente difundió el método de canalizacion quirúrgica de Chassaignac, y el de constriccion lineal del mismo autor, cuyos sistemas eran casi desconocidos aún en México.

Despues de un segundo viaje hecho á Europa, Iglesias importó á México las ventajas incontestables, en varias enfermedades, del empleo, por inhalacion, de líquidos medicinales en division muy fina, ó sea la pulverizacion de los líquidos por medio del aparato de Lüer. Hizo, con este motivo, delante de sus compañeros, y con muy buen éxito, aplicaciones de este sistema para curar algunos males.

Igualmente, comprendiendo la necesidad de mejorar en Mexico la vacuna, que trasmitada de brazo á brazo, como aquí se hacia, va degenerando con el tiempo, así como tambien que puede inocular enfermedades de otro género, importó á su país el legítimo "con-pox," traído expresamente de Alemania, en donde se conserva por aquel gobierno, para conservarlo á su vez en México en sanas y robustas vacas, y tomarlo de allí al practicar la vacuna. Así lo hizo Iglesias por algun tiempo, conservando puro el virus vacuno en su origen y vacunando á todos los que lo solicitaban, sin recibir por esto estipendio de ninguna clase, porque jamás quiso volver objeto de especulacion los adelantos y mejoras de la ciencia.

Encargado por muchos años del hospital de Jesus, de esta capital, en clase de practicante mayor, tuvo ocasion allí de lucir sus conocimientos en los ramos indicados, haciendo curaciones verdaderamente sorprendentes por sus buenos é inesperados resultados.

El cariño constante que tuvo á este hospital, cuna de sus conocimientos prácticos, hizo que durante su vida asistiese con toda puntualidad y exactitud á las visitas diarias de sus enfermos.

Como un rasgo del carácter estudioso de Iglesias, y su consagración á la ciencia médica, dirémos que nunca quiso desprenderse del empleo que tenia en este establecimiento, en donde encontraba un vasto campo de exploraciones médicas, entre los muchos enfermos que allí se asisten, y entre los que se ven las más variadas y caprichosas enfermedades, circunstancia que no tenia en su numerosa clientela, que era en su mayor parte de personas acomodadas, sujetas por esta razón á otra clase de males, que no son los que se desarrollan entre la clase infeliz.

Y sin embargo, el empleo de practicante mayor, retribuido miserablemente, le obligaba á levantarse al romper el día para asistir á sus enfermos, despues de vigiliias prolongadas, dedicadas al estudio en su gabinete ó en la cabecera de sus enfermos; y esto, cuando ya su salud comenzaba á quebrantarse y sus compañeros le aconsejaban ménos trabajo y más tranquilidad.

Esta predilección para los pobres, y la caridad que ejercia con ellos en grande escala, siempre serán un timbre de gloria para el Dr. D. Angel Iglesias.

Los graves sucesos políticos que tuvieron lugar en México desde el año de 1862 hasta 1867, obligaron á Iglesias, á pesar de su natural resistencia, á admitir cargos del gobierno, y aun á aceptar empleos del emperador Maximiliano; pero tan pronto como le fué posible desprenderse de ellos, quedó sólo con el honorífico de médico del emperador, cuyo cargo desempeñó hasta la muerte de este soberano. A consecuencia de esto, á la caída del imperio sufrió persecuciones y tuvo que emigrar al extranjero. Allí se dedicó otra vez á sus estudios médicos en los hospitales de Paris.

Entre los ramos de la Medicina que escogió entónces, fué el principal el de la laringoscopia, por ser éste el que estaba llamando más la atención del mundo sabio, debido á las brillantes lecciones que estaba dando el Dr. Charles Fauvel, de reputación

años, sin dejar la asesoría de la Comandancia general que de antemano tenia á su cargo, y una magistratura del Supremo Tribunal, llamado por la ley.

Designado en Octubre de 1838 como tercer individuo de la Junta departamental que debia comenzar sus funciones en Enero siguiente, Irigoyen no vaciló en aceptar el empleo, sin dejar de llenar cumplidamente los deberes contraídos con anterioridad; y como su deseo de ser útil era tan grande como su modestia, al recibir el despacho de capitán de una compañía de "Defensores de la Patria" no lo rehusó, y no se desdeñó en cumplir las obligaciones de este empleo, recibiendo y ejecutando las órdenes respectivas; ocupación que aunque honrosa, era, por su naturaleza, muy inferior á la del elevado puesto en que se hallaba constituido. Basta el hecho que acabamos de referir, para enaltecer los sentimientos democráticos de Irigoyen, y no creemos que puedan presentarse otros que le superen.

Vacante en seguida el gobierno del entónces Departamento de Chihuahua, por renuncia del propietario, Irigoyen fué propuesto en primer término en la terna para gobernador constitucional, y se le expidió el título de tal, con fecha 23 de Agosto de 1839, por el Presidente de la República. El 19 de Setiembre siguiente se encargó del poder.

Grande fué el júbilo de los hijos de Chihuahua al ver al frente de sus destinos á un jóven ilustrado, de conducta sin mancha, amante del progreso, protector de la instrucción pública y juez recto y entendido. Contaba á la sazón Irigoyen treinta y dos años de edad, que apénas llegaba á la requerida por la ley para desempeñar la primera magistratura de un Estado. Efectivamente la elección habia sido acertada. No bien hubo tomado posesión del gobierno Irigoyen, cuando el espíritu abatido de los chihuahuenses comenzó á reanimarse, merced á los esfuerzos del jóven mandatario. En todos los ramos de la administración se hizo sentir desde luego su benéfica influencia; estableció el alumbrado público de la capital, fundó una academia de música, el primer plantel de ese género en el Estado; favoreció de cuantos modos pudo al colegio Departamental, mejoró conside-

rablemente la policía, proporcionó nuevos arbitrios para sostener una fuerza de seguridad, hizo ménos precaria la situación de los empleados públicos, procuró con ahinco y logró en parte, la persecucion de los bárbaros, restituyó á Chihuahua la respetabilidad perdida, y, para decirlo en una sola frase, en ocho meses de gobierno hizo mucho más en bien de aquella fraccion de la República que en largos años habian hecho sus antecesores.

En este mismo período recibió el despacho de primer ayudante del primer escuadron de "Defensores de la Patria" y el nombramiento en propiedad de juez letrado de lo civil.

Pero cuando sus servicios y sus personales circunstancias le habian conquistado la estimacion y la gratitud de sus conciudadanos; cuando en él estaban cifradas las más halagadoras esperanzas del pueblo; cuando en su gobierno estaban simbolizados el progreso, el engrandecimiento, la paz y el bienestar de Chihuahua, le hirió la muerte el 24 de Mayo de 1840.

No es necesario detenerse á referir el duelo público, el pesar profundo que aquel fatal suceso causó. Irigoyen, que habia derramado el bien por donde quiera, que por su modestia jamás se habia distinguido del último ciudadano, que por su honradez era de todos respetado, que por su amor al progreso habia despertado tan dulces esperanzas, que por la bondad y la dulzura de su carácter no tenia ni podia tener enemigos, fué llorado por el pueblo que le contaba entre sus mejores hijos.

Para poder apreciar la significacion de Irigoyen en la historia de Chihuahua, es necesario tener presente que en la época en que le tocó figurar no eran por cierto los jóvenes los que estaban llamados á regir los destinos de los pueblos, sino que por el contrario, existia la preocupacion de que sólo los años y no la inteligencia, imprimen en el alma el reposo y la sabiduría que ha menester un gobernante.

Todavía en nuestros dias adúcese como argumento en contra de algunos personajes su inexperiencia, sus pocos años; todavía hoy existe la preocupacion de que una cabeza cana es más respetable por el solo hecho de estarlo, que la que no lleva *el pol-*

*vo del camino de la vida*, aunque allí estén atesorados los conocimientos que elevan y engrandecen al hombre. Y si esto se escucha en nuestra época, ¡qué no se diria en la de Irigoyen! A pesar de todo, el verdadero mérito siempre triunfa.

### IXTLILXOCHITL, Fernando de Alba.

Fernando de Alba Ixtlilxochitl, que entre los primitivos historiadores mexicanos ocupa un lugar prominente, nació en Tezcuco, por el año de 1570, y era descendiente en línea recta de los soberanos de Tezcuco. Aunque la posteridad real, por haber sido tan numerosa, se vió reducida á la mayor pobreza, nuestro historiador, como descendiente de la principal mujer de Netzahualpilli, cónservó un rango distinguido.

Desempeñó cerca del virey el cargo de intérprete regio, para el cual era muy á propósito por sus conocimientos en los jeroglíficos y en las lenguas mexicana y española. Su origen le granjeaba la amistad de los grandes de su nacion, algunos de los cuales conservaban empleos de importancia bajo el nuevo gobierno, y habian tenido, por lo tanto, ocasion de acopiar manuscritos indios que fácilmente podia consultar Ixtlilxochitl. Él era dueño de una gran librería, y con este y otros materiales emprendió diligentemente el estudio de las antigüedades tezcucanas. Descifró los jeroglíficos, recogió los cantos y las tradiciones populares de importancia, y corroboró estas noticias con las que recibia de algunos ancianos que habian tratado con los conquistadores. Con tan preciosos datos escribió varias obras sobre la historia antigua de las razas tezcucanas y toltecas, continuándolas hasta terminar con la ruina del imperio por las armas españolas. Todas estas obras, compiladas bajo el título de *Relacio-*